

El Administrador diocesano de Osma-Soria

Jornada por el trabajo decente

Iglesia del Carmen

Soria, 7 de octubre de 2025

Queridos hermanos:

Hoy, en esta Jornada por el trabajo decente, la Iglesia nos invita a mirar con otros ojos algo tan habitual, tan cotidiano, que muchas veces pasa desapercibido: el trabajo. Nos levantamos, salimos, cumplimos con nuestras tareas, volvemos cansados..., y casi sin darnos cuenta, el trabajo llena gran parte de nuestras vidas. Pero, ¿nos hemos parado a pensar qué significa realmente trabajar?

Trabajar no es sólo ganar un sueldo o cumplir un horario. Es una forma concreta de construir, de colaborar con Dios en su obra creadora. En cada tarea honrada (en el campo, en la fábrica, en el aula, en el hospital o en el hogar) hay algo sagrado, porque en cada una se sigue prolongando ese gesto primero de Dios que, al crear, vio que todo era bueno.

1

El libro del Génesis nos presenta a un Dios que trabaja con las manos, que organiza el caos, que da forma, que siembra vida. Y cuando termina, contempla su obra y la bendice. Ese relato no es una historia antigua: es un espejo. Porque en ese Dios trabajador nos reconocemos nosotros, creados a su imagen. Somos llamados a cuidar, cultivar y continuar su creación.

Por eso, todo trabajo bien hecho (el del agricultor, el del albañil, el del médico, el del ama de casa, el del maestro, el del barrendero, el del abogado) tiene una dignidad inmensa. No hay trabajos pequeños cuando se hacen con amor y al servicio del bien común. El problema es cuando olvidamos eso y el trabajo se convierte sólo en obligación o en carga. Entonces se vacía de sentido. Pero cuando trabajamos con conciencia y gratitud, el trabajo nos humaniza, nos hace más semejantes a Dios.

El salmo de hoy nos lo recuerda con una imagen preciosa: *“Al ir, iban llorando, llevando las semillas; al volver, vuelven cantando, trayendo sus gavillas”*. Ahí está reflejada la vida de tanta gente. Cuántos hombres y mujeres trabajan cada día en silencio, con sacrificio, sin horarios, sin apenas reconocimiento. Pienso en el jornalero que se levanta antes del amanecer, en la mujer que limpia casas ajenas, en el joven que encadena contratos

El Administrador diocesano de Osma-Soria

temporales, en el padre o la madre que se esfuerzan por sacar adelante a los suyos. Detrás de cada sueldo hay una historia, unas manos gastadas, unos ojos cansados, pero también una esperanza que no se rinde.

El salmo nos enseña que el trabajo necesita esperanza. Sembrar es creer que el fruto llegará, aunque no se vea. También nosotros estamos llamados a sembrar confianza, justicia y solidaridad. No basta con producir más; hay que trabajar de un modo que haga crecer a las personas, que cuide la tierra y que fortalezca los lazos entre nosotros.

El Evangelio nos presenta a Jesús en su pueblo, Nazaret. Antes de predicar, antes de hacer milagros, Jesús trabajó. Aprendió de José el arte de la madera, el ritmo de los días, el valor del esfuerzo. Y eso lo cambia todo: Dios no sólo bendice el trabajo, sino que lo ha vivido en su propia carne. En el banco de carpintero de Nazaret, el Creador del universo experimentó el cansancio de nuestras manos, la satisfacción de un trabajo bien hecho, la paciencia de quien empieza de nuevo. En esas tablas y virutas se escondía un misterio: el de un Dios que eligió santificar lo cotidiano.

2

Y, sin embargo, los suyos no lo reconocen. *“¿No es este el hijo del carpintero?”*. A nosotros también nos cuesta ver a Dios en lo ordinario: en la faena, en el taller, en la oficina, en la cocina, en el campo. Pero ahí, precisamente ahí, Dios está presente, acompañando cada jornada, cada esfuerzo, cada intento por vivir con honestidad y amor.

Cuando la Iglesia habla de “trabajo decente” no hace política, proclama el Evangelio. Desde la encíclica *Rerum novarum* hasta nuestros días, la doctrina social de la Iglesia ha repetido lo mismo: un trabajo es decente cuando permite vivir con dignidad, cuando respeta el descanso y la familia, cuando no destruye la salud ni la naturaleza, cuando el trabajador no es tratado como una herramienta sino como una persona.

El Papa Francisco dijo: *“El trabajo no es sólo un medio de ganarse el pan; es una expresión de amor, de dignidad y de participación en la creación”*. Por eso, defender el trabajo digno no es una idea política; es una exigencia de fe. Porque sin trabajo digno no hay vida digna, y sin vida digna no puede hablarse de justicia. El trabajo es más que un contrato: es una forma de construir humanidad.

Esta Jornada es una oportunidad para mirarnos por dentro:

El Administrador diocesano de Osma-Soria

- Si trabajamos, que lo hagamos con responsabilidad, pero también con sentido. Que no olvidemos que cada jornada puede ser una ofrenda, un acto de servicio, una manera de amar.
- Si damos trabajo, que lo hagamos con justicia, con respeto y sin abuso.
- Si estamos en desempleo o en precariedad, que no perdamos la esperanza: Dios conoce nuestro esfuerzo y no olvida ninguna siembra.
- Y como Iglesia, que no miremos hacia otro lado, que defendamos el valor del trabajo humano no sólo con palabras, sino con hechos: promoviendo solidaridad, acompañando a los que sufren, apoyando a las familias, luchando por un futuro más justo.

El Génesis nos recuerda que Dios confió al hombre el cuidado de la tierra. El salmo nos enseña que el esfuerzo, cuando se hace con fe, da fruto. Y el Evangelio nos muestra a un Dios que también trabajó con sus manos.

Por eso, cada trabajo honesto, hecho con amor, es una oración encarnada. Pidamos hoy al Señor que bendiga nuestras manos, nuestros proyectos, nuestros sueños. Que nos dé justicia en el trabajo, esperanza en la siembra y alegría en la cosecha. Y que, como Jesús en Nazaret, sepamos reconocer su presencia en lo sencillo y lo diario, en el esfuerzo callado de tantos hombres y mujeres que, con su trabajo, sostienen el mundo y hacen visible la ternura del Creador. Amén.

Gabriel-Ángel Rodríguez Millán
Administrador diocesano, s.v.